

Cuatro

Te me mueres de casta y de sencilla

Te me mueres de casta y de sencilla:
estoy convicto, amor, estoy confeso
de que, raptor intrépido de un beso,
yo te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,
y desde aquella gloria, aquel suceso,
tu mejilla, de escúpulo y de peso,
se te cae deshojada y amarilla.

El fantasma del beso delincuente
el pómulo te tiene perseguido,
cada vez más patente, negro y grande.
Y sin dormir estás, celosamente,
vigilando mi boca. ¡Con qué cuidado!
para que no se vicie y se desmande

Elegía

En Orihuela, su pueblo y el mio, se me ha muerto como el rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería.

Yo quiero ser llorando el hortelano de la tierra que ocupas y estercolas, compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas y órganos mi dolor sin instrumento, a las desalentadas amapolas

daré mi corazón por alimento. Tanto dolor se agrupa en mi costado, que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida, lloro mi desventura y sus conjuntos, y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes,
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y colientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera de angelicales ceras y labores.

Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irán a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

poemas escogidos

de Miguel Hernández



Miguel en París de paso para Rusia

Enmudecido el campo, presintiendo la lluvia

Enmudecido el campo,
presintiendo la lluvia,
reaparece en la tierra su primer abandono.
La alegría del cielo se desconsuela a veces,
sobre un pastor sediento.

Cuando la lluvia llama se remueven los huertos.
La tierra se hace un hoyo removido, oloroso.
Los árboles exhalan su último olor profundo dispuestos a morir.

Bajo la lluvia adquiere la voz de los relojes la gravedad, la angustia de la proster hora.
Reviven las heridas visibles y las otras que sangran hacia adentro.

Todo se hace entrañable, reconcentrado, íntimo.
Como bajo el subsuelo, bajo el signo lluvioso todo, todo parece desear ahora la paz definitiva.

Llueve como una sangre transparente, hechizada.
Me siento traspasado por la humedad del suelo que habrá de sujetarme siempre a la sombra, para siempre a la lluvia.

El cielo se desangra pausadamente herido.
El verde intensifica la penumbra y las hojas.
Los troncos y los muertos oscurecen aún más por la pasión del agua.

Pueblo

Pero ¿qué son las armas: qué pueden, quién ha dicho?

signo de cobardía son: las armas mejores aquellas que contienen el proyectil de hueso son -mírate las manos-.

Las ametralladoras, los aeroplanos, pueblo: todos los armamentos son nada colocados delante de la terca bravura que resopla de tu esqueleto fijo.

Porque un cañón no puede lo que pueden diez dedos: porque le falta el fuego que en los brazos dispara un corazón que viene distribuyendo chorros hasta grabar un hombre.

Poco valen las armas que la sangre no nutre ante un pueblo de pómulos noblemente dispuestos, poco valen las armas: les falta voz y frente, les sobra estruendo y humo

Poco podrán las armas: les falta corazón. Separarán de pronto dos cuerpos abrazados, pero los cuatro brazos avanzarán buscándose enamoramamente.

Arrasarán un hombre, desclavarán de un vientre un niño todo lleno de porvenir y sombra paro, tras los pedazos y la explosión, la madre seguirá siendo madre.

Pueblo, chorro que quieren cegar, estrangular, y salta ante las armas más alto, más potente: no te estrangularán porque les faltan dedos, porque les basta sangre.

Las armas son un signo de impotencia: los hombres se defienden y vencen con el hueso ante todo. Mirad estas palabras donde me ahondo y dejo fósforo emocionado.

Un hombre desarmado siempre es un firme bloque: sabe que no es estéril su firmeza, y resiste. Y los pueblos se salvan por la fuerza que sopla desde todos sus muertos.

CANFALI



30 38 98